

IDENTIDAD, SOBERANÍA Y NACIONALISMO EN MÉXICO EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Francisco R. Dávila Aldás

Resumen

Las grandes líneas de este ensayo pondrán en el tapete de la discusión las dificultades y grandes contradicciones que el pueblo de México y su gobierno experimentan actualmente en la consolidación de su identidad cultural y soberanía, dado el nuevo entorno globalizador y su integración formal a la economía norteamericana. No obstante, la construcción de un nuevo nacionalismo con base en la participación democrática y plural de los diversos grupos sociales en la búsqueda de soluciones a los problemas que nos aquejan, en esta nueva etapa de modernización del país, podría ser una forma dinámica de fortalecerlos como pueblo y Nación en los albores del nuevo siglo.

Abstract

This paper explain and discusses two main idea: cultural identity and sovereignty. These two are the hard core bases in which the mexican nationalism originated. Now days, with the powerful momentum of globalization and with the formal integration to the USA economy, thanks to the North American Free Trade Agreement (NAFTA), mexicans and their government have great difficultuies and contradictions in accomplishing the fundamental task to construct a new form of cultural identity and another kind of nacionalism to reinforce their national interest. In order to do that, on one hand, the elites have to abolish that one who gave them once and give them now a lot of facilities to reach economic and social prosperity, meanwhile people increase in

poverty and distress; and on the other hand, common people have to struggle to propel an active, plural and democratic participation. This will create a different frame, to have a new era of modernization in order to solve the political and social problems and guarantee a favorable economic and social outcome.

Introducción

En este trabajo se discuten las dificultades y grandes contradicciones que el pueblo de México y su gobierno experimentan actualmente en la consolidación de su identidad cultural y soberanía, dado el nuevo entorno globalizador y su integración formal a la economía norteamericana. No obstante, este difícil proceso hacia nuevas etapas de modernización,¹ que implican nuevas formas de percibir el mundo actual y nuevas estrategias para apropiárselo activamente, son de vital importancia para la consolidación y el despliegue de las nuevas potencialidades del país en el ámbito interno e internacional.

En estas circunstancias, la construcción de un nuevo nacionalismo con base en la participación democrática y plural de los diversos grupos sociales para la búsqueda de soluciones a los problemas que nos aquejan, podría ser una forma dinámica de fortalecernos y madurar como un pueblo y Nación pujante en los albores del nuevo siglo.

¹ Esta hipótesis fue desarrollada en Francisco Dávila, *Del milagro a la crisis, la ilusión..., el miedo... y la nueva esperanza. Análisis de la política económica mexicana, 1954-1994*, México, Fontamara, 1995; para el periodo de 1945 a 1980 que abarcaría la segunda etapa de modernización y el de 1980 a 2005 que sería la tercera etapa; y en Francisco Dávila, "La crisis económica de México y los nuevos retos en el futuro escenario internacional", en *Relaciones Internacionales*, núm. 67, México, UNAM, Centro de Relaciones Internacionales (FCPyS), julio-septiembre, 1995, pp. 45-61. Se señalaron las posibles tendencias de la nueva etapa correspondiente al periodo del 2005 al 2020.

Globalización, soberanía, autonomía e identidad nacional

Con la puesta en marcha del TLC de América del Norte en 1994, México se inserta de modo inexorable en el bloque dirigido y tutelado por Estados Unidos² y transita, por vía indirecta, es decir, al abrigo y bajo la protección del poderoso bloque norteamericano, en la era de la globalización.³ En otras palabras, la apertura comercial, industrial y financiera —que el país tuvo que realizar a marchas forzadas para la libre penetración de las empresas transnacionales— se está desplegando bajo las reglas del North American Free Trade Agreement (NAFTA), esto es, mediando la firma de un privilegio comercial del que gozan principalmente las empresas transnacionales norteamericanas cuya actividad comercial, industrial y financiera en promedio es el 80% de la que despliegan las transnacionales de otro origen.

Esta dependencia y vulnerabilidad del país frente a las transnacionales de origen norteamericano y en menor medida respecto a las de los demás países, será la tendencia que marcará su futuro próximo, de no darse una mayor diversificación de la apertura al mundo globalizado.

De tal modo que la entrada de México en el nuevo siglo de competencia más abierta y agresiva a nivel mundial está y seguirá marcada por una alta dependencia comercial, industrial y financiera respecto de Estados Unidos que, a pesar de su hegemonía declinante en los anteriores

² *Ibid.*, “La nueva estrategia de desarrollo o la integración a la economía norteamericana mediante la firma del Tratado de Libre Comercio, 1989-1994”, en *Del milagro a la crisis, op. cit. ant.* pp. 293-347.

³ Se han dado numerosas definiciones de globalización, la mayoría de ellas descriptivas. En un trabajo anterior hicimos explícitas nuestras críticas y realizamos un nuevo acercamiento hacia la comprensión de esta realidad cuyas facetas políticas y sociales son apenas consideradas; ver, Francisco Dávila, “La ‘globalización’, la ‘Integración global’ o bien la ‘Globalización económica’, conceptos a repensarse en el campo de las relaciones internacionales actuales”, en *Relaciones Internacionales*, núm. 79, *op. cit.*, enero-abril 1999.

campos,⁴ seguirá siendo la potencia número uno en cuanto a la ampliación mundial de sus corporaciones y en cuanto a su poderío militar; lo que ayudará grandemente a este país a expandir su dominio económico mediante la expansión mundial de sus tecnologías de punta y con ello podrá recuperar en el campo político su hegemonía mundial.

Dentro del anterior contexto, nuestro país se ubicó ya en el interior de una nueva comunidad de intereses que rebasa los espacios meramente económicos y se extiende hasta las entrañas de nuestro quehacer político. Este hecho tiene y tendrá una profunda influencia en nuestro comportamiento social y cultural, pues como lo demostramos en otro trabajo,⁵ pone en entredicho y dificulta, por consiguiente, la afirmación y el crecimiento de nuestra autonomía y soberanía,⁶ las que constituyen

⁴ Cf. P. Kennedy, P., *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, New York, Random House, 1987; D. Calleo, *Beyond American Hegemony; The Future of the Western Alliance*, New York, Basic Books, 1987; S. Strange, "The Persistent Myth of the Lost Hegemony", en *International Organization*, vol. 41, núm. 4, otoño de 1987, pp. 551-574, y R. Keohane, *After Hegemony*, Princeton University Press, 1984; H. McRae, "North America: The Giant in Retreat", en *The World in 2020, Power, Culture and Prosperity*, Massachusetts, Harvard Business School Press Boston, 1994, pp. 24-46.

⁵ Cf. Francisco Dávila, "México: soberanía y nacionalismo en la era de la globalización", en *Relaciones Internacionales*, núm. 72, op. cit., octubre/diciembre de 1996, pp. 57-67.

⁶ Para evitar equívocos sobre los nudos conceptuales de este trabajo, sin querer ser exhaustivos, definimos como autonomía la ausencia de contricciones o restricciones externas de cualquier índole que sean, en el despliegue de la vida y de la libertad de un Estado-Nación soberano. De tal modo que la soberanía marcaría la supremacía del Estado, entendido como la expresión social del poder de sus ciudadanos, tanto en el orden jurídico como en el político, dentro de una jurisdicción territorial dada. Para un mayor desarrollo de estas ideas remitirse a H. Heller, *La soberanía*, México, UNAM, 1965; F. Himsley, *El concepto de soberanía*, Barcelona, ed. Labor, 1972; V. Flores Olea, *Ensayos sobre la soberanía del Estado*, México, UNAM-FCPyS, 1995; entre otros, contrastar con la definición formal y moralista de Charles R. Beitz (expresada en "Sovereignty and Morality in International Affairs", D. Held, editor, *Political Theory Today*, Stanford, University Press, 1991) que Francisco Gil Villegas emplea para redefinir la "soberanía defensiva" de México en su artículo "La soberanía de México ante el reto de la globalización y la interdependencia", en *Relaciones Internacionales*, núm. 62, op. cit., abril/julio de 1994, p. 46.

y son la base objetiva de nuestra identidad nacional, de su reforzamiento y desarrollo.

No cabe duda que la era globalizadora, desde sus inicios hasta la actualidad, ha sido un constante escollo para el desarrollo y fortalecimiento de los Estados nacionales; especialmente de aquellos que, como México, no han contado con una sólida base económica para expandir su desarrollo interno y a partir de él abrirse sin trabas a la competencia internacional.

En su primera etapa, se inició la expansión externa del poder corporativo, principalmente norteamericano, entre los años de 1914 a 1945, como bien lo pronosticaron sus ideólogos⁷ para justificar los intereses hegemónicos de Estados Unidos, se habló de nacionalismos extremados que, en defensa de sus intereses particulares en el campo económico y político

impedían el progreso internacional y, lo que es más, condujeron a la guerra. Sólo se daría un mayor progreso cuando se rompieran o modificaran las barreras, en parte tradicionales que han sido puestas por las naciones para proteger sus intereses económicos, los cuales eran las raíces de las tensiones y guerras internacionales. Removidas éstas, la cooperación económica podría, eventualmente, crear una situación en la cual el interés de cada nación en el *bienestar de los otros* sería tan grande como para hacer

⁷ Entre los más notables: Walter Weyl, un influyente escritor político y astuto analista del poder corporativo (*American World Policies*, New York, The Macmillan Company, 1917), Adolph Berle, el padre de la teoría de la moderna administración global de los negocios (*The 20th Century Capitalist Revolution*, New York, Brace and World, 1954; *The American Economic Republic*, New York, Harcourt, Brace and World, 1963) George Ball, antiguo director de la correduría Lehman Brothers, Subsecretario de Estado y embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas ("Cosmocorp, The Promise of the Multinational Corporations", *Fortune*, June 1, 1967; "Cosmocorp, The Importance of Being Stateless", *Columbian Journal of World Business*, 2, November/December, 1967) y Peter Drucker, acérrimo defensor del libre comercio para las empresas transnacionales (*The New Society: The Anatomy of the Industrial Order*, New York: Harper and Brothers Publishers, 1949; *The Age of Discontinuity: Guidelines to Our Changing Time*, New York, Harper and Row Publishers, 1968).

las guerras internacionales tan impensables como sería la guerra entre Pensilvania y Nuevayork.⁸

Es indudable que el razonamiento de Weyl en relación con los nacionalismos y chauvinismos europeos, de antes de las dos grandes guerras, es correcto; pero se convierte en engañoso y justificador del expansionismo norteamericano cuando se afirma que el progreso internacional depende sólo del rompimiento o modificación de las barreras comerciales que dan paso a la cooperación internacional. Ello soslaya la tremenda contradicción que existe entre el “interés y el bienestar de nosotros” frente al “interés y al bienestar de los otros”, que es lo que marca la empecinada “voluntad de soberanía” respecto de una cooperación que puede poner en entredicho la autonomía y la libertad de los gobiernos y de los gobernados de un país o nación.

Cabe a este respecto recordar, ya bien iniciado el siglo XX, que hoy ya está por fenecer, los países que como el nuestro, de un modo u otro, lograron su unidad interna, su identidad nacional, se consideraron ya como naciones y se dieron un Estado o bien los que se constituyeron en Estados para lograr la unidad nacional, son los que, con más fuerza, emprendieron en la tarea de su desarrollo interno para consolidar una importante presencia en el concierto internacional de naciones, en el cual fueron acogidos como Estados soberanos. Es que la unidad nacional, la identidad nacional; esto es, la conciencia y autoconciencia de pertenencia colectiva a una determinada comunidad de vida y de cultura, no sólo tienen que ver con esa “esencia espiritual” de los pueblos, sino también con la organización del Estado y con las etapas del desarrollo de un país, las cuales se expresan visiblemente en la constitución de un mercado interno como paso previo y su consolidación; para luego alcanzar otras etapas de expansión de su soberanía interna en ascenso y trascender, como actores principales, en el concierto internacional a partir

⁸ Cf. W. Weyl, *American World Policies*, New York, The Macmillan Company, 1917, pp. 282-283 (el cursivo es de Francisco Dávila).

de su enorme potencial económico y ejercer su soberanía externa como lo hicieron los imperios, dada la enorme pujanza de sus economías en el marco internacional.

La constatación histórica anterior nos ayuda a comprender la expansión internacional de Estados Unidos, la cual nos permite tener una explicación más amplia de la llamada por los ideólogos norteamericanos “era de la globalización”, que —según nuestro entender— coincide y expresa la gran expansión internacional del poderío económico de ese país y su enorme capacidad de ejercer influencias significativas en otros países que pueden llegar a concretarse, a través del uso de los instrumentos propios del orden internacional u otros, en verdaderas formas de dominio o de sojuzgamiento de otros países, las que podrían ser considerada como la explosión externa de la soberanía de ese país, con la consiguiente merma de la autonomía de los países sobre los que se ejerce ese dominio; ello, aun guardando la forma, o sea, las normas jurídicas y políticas de hecho quebrantadas.

Por ello, no les quedaría más remedio a estos países o al Estado en cuestión —en el caso, al de México frente a Estados Unidos, como plantea Villegas—⁹ que afirmar su soberanía, entendida ésta como “un argumento legal y moral (que) sirve como maniobra defensiva” para forzar al Estado infractor de la autonomía a una revaluación de las alternativas del curso de acción que emprendió.

El Estado afectado (escribe cándidamente Beitz, la autoridad teórica que el anterior autor cita), que reclama la autoridad para gobernar a esa comunidad, protesta porque su soberanía será violada con ese acto... (pero) para que la protesta tenga validez, debe señalar algún tipo de daño efectivo que podría ser causado por la violación de la soberanía estatal, cuya demostración puede ser suficiente para invalidar por sí misma cualquier razón aludida en favor del curso de acción amenazante.¹⁰

⁹ Ver *op. cit.*, pp. 48-49.

¹⁰ Ver Ch. R. Beitz, en *op. cit.*, p. 244.

Sin entrar a desentrañar a fondo los planteamientos formales para afirmar en contra de Villegas que no puede haber quebranto de la autonomía sin que también la soberanía sea afectada, dado que ésta no es sólo “un argumento legal y moral” (como lo pretenden los autores antes citados), sino la expresión jurídica y política de la soberanía. Dicho en otros términos, la autonomía definida como la ausencia de constricciones o restricciones externas que afecten la vida de un Estado (que el último autor admite en el trabajo ya citado) no puede ejercerse si hay restricciones o impedimentos externos de cualquier índole, producidos por la acción ofensiva de otro Estado, que usa su autonomía para entorpecer el pleno despliegue, impedir la plena autonomía del otro; esto es, para restringir el pleno uso de su soberanía, de su poder estatal, definido, delimitado, por las normas y por la moral dentro de una jurisdicción territorial dada; la cual marca los límites formales y reales del ejercicio de la autonomía; o sea, del ámbito en el que se ejerce la soberanía.

Así, entonces, la necesidad que Estados Unidos experimentó de salir o de consolidar su potencialidad interna, desplegando internacionalmente su economía, encarnada en la acción directa de las empresas corporativas norteamericanas en los Estados soberanos, en nuestro criterio, inauguraría la segunda etapa globalizadora; esto es, entre 1945 y 1970 cuando éstas, con base en negociaciones y compromisos pactados, sin violentar las normas jurídicas que fijan los límites sobre los cuales se ejerce la soberanía de los Estados; o con base en engaños, presiones y amenazas; o sea, violentándolas para aprovechar las ventajas que los gobiernos otorgaban a los empresarios nacionales que intentaban realizar un desarrollo industrial autónomo.

Vale destacar que intentamos diferenciar la llamada era globalizadora de otras etapas de expansión del comercio, de las empresas, de la industria y de las finanzas a nivel mundial, indicando que ésta expresa el periodo en el cual la soberanía norteamericana se expande allende sus fronteras, dada la potencialidad económica enorme que este país adquiere internamente. En un principio fueron los países de Europa Occidental, los que en los tiempos modernos —o sea, cuando el feudalismo ya había sucumbido y la ciencia y la industrialización habían transformado sus

modos de vida y sus culturas— construyeron una fuerte unidad e identidad nacionales. Con ellas se construyeron y constituyeron una poderosa voluntad soberana que los condujo a ser los principales sujetos promotores de las relaciones internacionales. Impusieron su imperio, ejercieron su poderío, externaron su soberanía de modo violento por conquista; esto es, anulando a sangre y fuego la autonomía de otros pueblos a los que llamaron sus Colonias.

Largo tiempo pasó para que éstas últimas alcanzaran su independencia; o sea, su autonomía formal y real aprovechando en sus luchas, las pugnas, las contradicciones y los diversos intereses de los propios imperios, los cuales como potencias soberanas conformaron el sistema jurídico y político internacional, con el que ordenaron, ya bien avanzado el siglo XIX, las relaciones internacionales desiguales entre las naciones de ese entonces.

Surgieron también a finales de ese siglo Rusia, Japón y Estados Unidos, los dos primeros ya habían sido viejos imperios, mientras que el último en pocos siglos logró forjarse una muy flexible unidad e identidad nacionales y una extremadamente fuerte economía, en pujante desarrollo dentro de sus propias fronteras nacionales, con las que ya entrado el siglo XX irrumpió como potencia de primer orden en el campo internacional. Esta súbita entrada en el mundo internacional y sus éxitos notables en el plano del imperialismo económico suscitaron entre sus ideólogos más preclaros la autoconciencia entusiasta de que su país vivía una etapa revolucionaria:

La revolución del siglo veinte está firme e ineluctablemente rompiendo la clásica organización de las relaciones internacionales e imponiendo una nueva organización de las mismas cuya naturaleza y sus contornos apenas podemos aprehender.¹¹

¹¹ Adolph Berle, *The 20th Century Capitalist Revolution*, New York, Brace and World, 1954, pp. 157-158; la traducción es nuestra.

Efectivamente, el despegue científico y tecnológico que Estados Unidos emprendió desde fines del siglo XIX hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, rompió irremediamente con los esquemas productivos y tecnológicos que habían llevado a los países europeos al pináculo hegemónico mundial. Así, la historia nacional de este inmenso país irrumpía en la historia internacional cambiando rotundamente su anterior trayectoria.

Sin la fuerza épica de la Revolución Bolchevique de 1917 y la cercanía de los acontecimientos agrupados bajo el rubro de la Revolución Mexicana de 1910, los Estados Unidos viven en esos años y en los inmediatamente anteriores la revolución capitalista a la que sólo se habrán de acercar, y al costo de dos guerras mundiales los países industriales europeos.¹²

Estados Unidos como nación había ya rebasado su etapa de maduración. Esta era ya un nuevo Estado que traspasaba la fase de los contactos intermitentes requeridos para consolidar su unidad, su identidad nacional básica y entraría a ejercer funciones permanentes en el campo internacional. Consolidaría así su nuevo estadio expansivo interno y a su vez alteraría significativamente la historia internacional de las naciones existentes.

Intentaría este país consolidar así la segunda etapa de la llamada globalización; o sea, desde 1970 a la fecha, la plena expansión del poderío interno de sus empresas corporativas mediante la construcción de una sólida estructura mundial para las mismas; lo que le permitiría transitar airoso a su madurez política. Esto es, a través de las contradicciones, las luchas, las presiones, las alianzas, los bloques políticos y militares que el resto de países industrializados y los de escasa industrialización realizarían; los unos para recuperar su poderío económico perdido, los otros para conservar su existencia a la sombra de las nuevas potencias emergentes.

¹² J. L. Orozco, *La revolución corporativa*, México, ed. Fontamara, 1987, p. 9.

Con mucha razón los ideólogos liberales norteamericanos insistirían en lo que los ideólogos marxistas europeos ya habían insistido. La liberación de las fuerzas productivas materiales dirigidas no por la mano visible del proletariado convertido en Estado sino por la mano invisible de la ciencia y la tecnología, cuyas innovaciones irrumpirían en un mercado liberalizado, sin trabas pero bajo la dirección del capital corporativo y de sus administradores industriales y financieros. Así, los “cambios económicos revolucionarios” para ser duraderos, deberían cambiar la soberanía del Estado por la soberanía del mercado. Es más,

La vida económica del mundo civilizado y el nivel de vida demandado por el pueblo de las Naciones-Estado del siglo XX —decían— no está siendo mantenido y, aparentemente, no puede ser mantenido dentro del marco de la soberanía estatal (pues) *siendo el encuadre político de las relaciones internacionales nacionalista y la base de la economía no, el clásico Estado-Nación ya no tiene la capacidad de alimentar, vestir a su pueblo o defender sus fronteras por sus solas fuerzas.*¹³

De este modo, la emergencia de las empresas transnacionales y su expansión mundial anunciarían el desarrollo de la verdadera economía globalizada y la derrota de los Estados nacionales, como entidades económicas, autónomas y políticas, añadiríamos, siguiendo el hilo de la argumentación de Berle. Dicho en otros términos, guste o no les guste a los Estados soberanos derrotados, la solución de los problemas candentes a nivel mundial y particularmente los de la economía, sólo pudieron resolverse a escala global bajo el predominio del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el GATT reemplazado actualmente por la Organización Mundial del Comercio, OMC; aceptados como los instrumentos idóneos por el concierto de las Naciones Unidas, donde Estados Unidos y la vieja Unión Soviética se constituyeron por un buen tiempo en los jueces y parte tutelar del orden de posguerra.

¹³ Adolph Berle, *The 20th Century Capitalist Revolution*, op. cit. ant. pp. 158-159 (las cursivas son de Francisco Dávila).

Esta última institución (esbozo o remedo de gobierno mundial, sustituto real de la Sociedad de Naciones que en 1919) era realmente una alianza estratégica de las potencias vencedoras del momento, puesto que en ella ni Estados Unidos ni la Unión Soviética estaban incluidos y es ahora formalmente o, al menos, ése fue el proyecto, se lo concibió como el marco de referencia organizativo para la conformación de un gobierno mundial. En efecto y al contrario de lo que sucedió con la antigua Sociedad de Naciones, que nunca alcanzó la universalidad porque en ella sólo estaban representadas las potencias de Europa Occidental y el resto de naciones de otros continentes estaban excluidas de hecho y de Derecho, las Naciones Unidas sí lo lograron pero a costa de la absurda e insostenible creencia de que ésta puede lograrse mediante la disminución de la soberanía de la mayoría de los Estados-Naciones del mundo.

No obstante, este pragmatismo cínico admitido universalmente es el resultante de una realidad pocas veces expresada y menos aun aceptada que se ha venido dando después de la Segunda Guerra Mundial y que, en la época actual, no deja de ser vigente y lacerante: muchos Estados-Naciones actuales deben su soberanía o no pueden por sí solas salvaguardarla sin una dependencia o suspensión de su autonomía y libertad en el campo político y económico, o sea, con una merma, un sacrificio de su propia soberanía.

Sin embargo, la aceptación o la tolerancia de soberanías disminuidas no anula ni quita el derecho inalienable que tienen los pueblos, las comunidades y en definitiva los individuos que crean estas integraciones para vivir y desarrollarse libremente. Esto es, adoptar sistemas económicos, de vida y de cultura peculiares que fortalezcan la identidad y la conciencia nacionales o, si se prefiere decirlo en forma más plástica y expresiva, que fortalezcan la personalidad nacional.

Es aquí donde cabe recalcar el valor y la necesidad de fomentar el pluralismo democrático; o sea, toda acción que tienda a tolerar, respetar —por un lado— la pluralidad y la diversidad y —por otro— promover el forjar la identidad, de la diferencia frente a los otros, para un mayor y más rico desarrollo de la especie humana en las sociedades actuales. Son justamente estas ideas las que resultan ambiguas, cuando los ideólogos

norteamericanos de la globalización nos describen a ésta como el desvanecimiento del poder de los Estados nacionales, frente al firme crecimiento de la economía global, bajo el gobierno mundial de la tecnología informática, que facilita tanto los nuevos desarrollos comerciales y financieros, así como la expansión de la revolución científico técnica en las esferas productivas mundiales.

Dicho sea de paso, la mano invisible de los negocios transnacionales no son las fuerzas de la globalización, del comercio, de las industrias y de las tecnologías vueltas mundiales “globalizadas”, sino los intereses nacionales de las grandes potencias económicas y políticas mundiales y, entre éstas, Estados Unidos, un Estado-Nación (mejor dicho multinacional) con tremendo poderío económico interno, despliega su imperialismo a nivel mundial, pelea nuevos espacios que también son apetecidos por las nuevas potencias emergentes europeas y asiáticas, justificándolo mediante la ideología de la globalización.

El razonamiento de Georges Ball es una prueba de lo afirmado más arriba. Su clarividencia en el trazo de los cambios económicos a los que conduce la globalización es impecable; pero es incompleto y ambiguo en el anuncio del nuevo ordenamiento político que se dará en la misma. Argumenta que

Mientras el Estado-Nación está enraizado en arcaicos conceptos (los de soberanía y nacionalismo) incapaces (*unsympathetic*) de expresar las necesidades de nuestro complejo mundo, la corporación multinacional se fundamenta en un concepto moderno diseñado para acoger los requerimientos de la edad moderna.¹⁴ Es precisamente este desajuste entre la fase antigua de la estructura política y la moderna estructura de los negocios —continúa Ball— lo que constituye el reto de la empresa global para la construcción de la economía globalizada.

Así, la globalización o el florecimiento mundial de las multinacio-

¹⁴ “Cosmocorp, The Promise of the Multinational Corporations”, *Fortune*, June 1, 1967, p. 80.

nales, no sólo erosionará gradualmente el estrecho y constructivo marco de la autonomía de los Estados-Naciones, entendidos como una unidad económica y política sino que traerán una nueva época de cooperación global, una gran era de libertad individual y una creciente prosperidad y nuevas oportunidades para todos los pueblos del globo.¹⁵

Nos anuncia, por un lado, la supresión del orden y de la organización de los Estados nacionales, gracias al despliegue de las fuerzas globalizadoras. Se trata, entonces, de una etapa de acabamiento, de culminación de la era de la globalización, de la economía globalizada y de la supresión del Estado. En este caso su pensamiento no es lejano al de Marx, se diría que ambos coinciden puesto que consideran a éste como una institución arcaica, vestigio de otras etapas premodernas. Es más, como el gran socialista alemán, Ball anuncia también la era de la cooperación, de la libertad y de la prosperidad de los pueblos. El parecido de ambos pensamientos termina cuando la corporación multinacional (no queda claro si se trata de empresas corporativas que son el resultado de múltiples intereses nacionales: estrictamente hablando “multinacionales” pero nunca se trata de “productores libremente asociados”) aparece como la promotora de la cooperación global de todos los pueblos en aras de la libertad y la “prosperidad de todos”, de ese “nosotros colectivo” que se gobernará a sí mismo.

Existe en el juicio que analizamos uno o dos supuestos implícitos o ideas claves. Se trataría de un nuevo gobierno mundial, por tanto de una soberanía unificada de todos los pueblos que libremente optaron por ella; así como los individuos libres optaron por cooperar entre sí, al constituir los Estados-Nación soberanos modernos. Se trataría tal vez de la humanidad, de todos los hombres de carne y hueso que en aras de la paz y de la buena vida aceptaría, se pondrían de acuerdo, unificarían criterios, para buscar el bien común, el interés de todos, en lugar del interés particular; esto es, apelando a las reglas de oro, a los criterios

¹⁵ *Ibid.*, p. 17 y del mismo autor “Multinational Corporations and Nation States”, *The Atlantic Community Quarterly*, 5 Summer 1967, p. 249.

valorativos morales, tales como: el bien común, la cooperación, la ayuda mutua en condiciones de libertad y democracia; esto es, fuera de condiciones de dominio, sin el uso de la fuerza, sin explotación, sin cosificación o alienación de unos individuos por otros.¹⁶

Independientemente de que actualmente no existen ni el nuevo gobierno mundial, ni la humanidad unificada (y que éstos de darse sin romper la hegemonía y el dominio de las superpotencias serían, antes que un sueño feliz, más bien una horrenda pesadilla; porque se anularían la potencialidad de la especie humana que reposa en la autonomía, en la libertad y en la diversidad y el pluralismo de las comunidades humanas; del “ser de nosotros” y de los otros cooperando libremente) conceptos que aluden a la “voluntad de soberanía universal”, a un marco de referencia organizativo para la conformación de un gobierno mundial que en nuestro pensar no se parecería al actual modelo de las Naciones Unidas (donde —ya se dijo— las grandes potencias han establecido su dominio suspendiendo o sacrificando la soberanía de muchos países, actuando en función de sus intereses particulares, o de bloque), sino al de la actual Unión Europea; o sea, de un Estado multinacional donde cada nación con su propia identidad, con sus diferencias, con sus vicisitudes y con sus errores coopere libremente sin buscar ni protagonismos, ni hegemónicas, ni dominios.

3. Identidad, soberanía y nacionalismo en México

Resulta indudable que después de los planteamientos anteriores y tomando en cuenta las circunstancias especiales que vive México, respecto de su soberanía en esta etapa actual de la globalización, mencionar de pasada, solamente, la propuesta empresarial de abandonar la soberanía

¹⁶ Cf. “La humanidad es una realidad actual”, en Francisco Dávila, “La crisis económica de México y los nuevos retos en el futuro escenario internacional”, *op. cit. ant.*, p. 54.

monetaria; dicho más suavemente: “buscar una unión monetaria con Estados Unidos y Canadá para poder bajar las tasas de interés de manera más rápida”,¹⁷ que de hecho es la consecuencia lógica del TLCAN; a partir del cual hemos concentrado nuestro comercio con Estados Unidos, dado que exportamos a ése el 84% e importamos de ése el 74%. En el terreno productivo y financiero, la relación es parecida y nuestras empresas, la banca, los energéticos y los servicios a la población; nos referimos a la electricidad, al agua, la transporte, que no podrán darse —se argumenta— sin el concurso mayoritario de la inversión básicamente norteamericana.

De hecho, Estados Unidos es nuestro aval financiero y su garantía son los ingresos por los recursos petroleros que ahora se encuentran a \$7.00 dólares el barril, el precio más bajo de todos los tiempos. Es más, si éste tomara realmente el papel de banco central, tendríamos cierta estabilidad monetaria, pues estaríamos sometidos a sus regulaciones económicas, pero los problemas del desempleo y el mayor empobrecimiento de la gran mayoría de la población mexicana se acelerarían peligrosamente. Por último, bien vistas las cosas, no estaríamos alejados de la actual realidad que hoy vivimos y que el FMI se encarga de que así funcione.¹⁸

Con lo dicho anteriormente está por demás argumentar sobre la construcción de una estrategia clave que consistiría en el reforzamiento de nuestra identidad y madurez cultural para la gestación de una soberanía y un nacionalismo renovados, capaces de impulsar los cambios que el país requiere mediante el diálogo, la tolerancia, el respeto, todos ellos valores democráticos y pluralistas, opuestos a las opciones unívocas e irreversibles de los dioses nacionales e internacionales que parecen goberarnos pero que no logran solucionar sino empeoran nuestros

¹⁷ Extracto de los planteamientos de Eduardo Bours Castello, presidente del Consejo Coordinador Empresarial; ver a este respecto: “Condicionado, el apoyo de la IP a la política monetaria del Banxico”, *El Financiero*, México, 27 de enero de 1999, p. 4.

¹⁸ Ver a este respecto, G. Howard, “Fallaron recetas del FMI para evitar la explosión de crisis recurrentes”, *El Financiero*, México, 1 de febrero de 1999, p. 6.

ingentes problemas. Este será entonces el objetivo de los siguientes apartados.

Como ya se indicó al inicio de este trabajo, la integración formal a la economía norteamericana mediante el NAFTA establece *de facto*; constituye, por tanto, una relación de dependencia económica que hoy y en el futuro próximo marcará a México. Esta cesión o renuncia de una parte de la soberanía estatal que pone continuamente en peligro el crecimiento y la consolidación de su identidad, su personalidad propia como país, no es totalmente negativa, no es una fatalidad, un hado maldito del que no podamos sacar provecho para fortalecernos como nación.

Existe, de hecho, un cierto paralelismo entre el desarrollo económico de un país y el despliegue de su personalidad. El primero representa la base del crecimiento de la integración de la unidad social y de la construcción de sus vivencias, de la conservación y del incremento de su riqueza cultural, de sus valores, mitos, ilusiones y proyectos de devenir. Es, por otro lado, evidente e insoslayable de que el comportamiento observado por un Estado respecto de otros Estados soberanos revela su conducta, su modo de ser. Pero la personalidad nacional no sólo es el resultado, ni el fruto del progreso económico ni del poderío militar sino de su riqueza social interna.

Países más pequeños que México, la gran mayoría de los europeos lo son, entre ellos, Francia, Alemania, Italia y Suiza, por dar unos ejemplos, no están desprovistos de riquezas materiales; es más, tienen un alto nivel de desarrollo nacional, no carecen de poderío militar, a excepción de Suiza; pero se caracterizan por un alto grado de riqueza social, de personalidad nacional integrada que se expresa en destacados valores de energía, creatividad, dignidad, capacidad de reconocimiento de sus limitaciones internas pero también en asimilación de sus enormes potencialidades. Ello los hace diferentes; o sea, tienden a reforzar permanentemente su identidad, su autonomía y soberanía actuales; a partir de las cuales se intenta garantizar, en lo posible, igualdad de oportunidades y de resultados a todos los miembros de esas sociedades.

No se trata, entonces, de una defensa pasiva de la soberanía frente a una ofensiva a la misma, sino de una soberanía activa, creadora de

nuevas potencialidades, de ideas nuevas e imaginativas que podemos transformarlas en instituciones nuevas para resolver nuestros propios problemas.

México —en el interior del bloque liderado por Estados Unidos— puede crecer material, social y culturalmente, puede destacarse e integrar una fuerte identidad nacional mediante la consolidación de una pluralidad rica en diferencias, en variados matices. Ello requiere un cambio en sus instituciones, en sus valores nacionalistas, en sus anteriores ideas de soberanía que, hoy por hoy, se han vaciado de sus contenidos positivos y constituyen los bastiones para la defensa y protección de los intereses y privilegios monopólicos internos e internacionales. Lo que impide que la mayoría del pueblo mexicano disfrute de las riquezas materiales que él posee y que continuamente crea.¹⁹

a) *Estados Unidos y nuestra identidad nacional*

La integración de México en el bloque norteamericano nos obliga necesariamente a mirar más allá de nuestro entorno nacional, génesis y eje de nuestra identidad nacional y tener un particular interés en la evolución dinámica del nuevo universo inmediato en el que nos insertamos, el bloque norteamericano y la particular evolución de Estados Unidos, en primer término, y dentro de este nuevo contexto, considerar con singular atención los acelerados cambios en el panorama mundial que caracterizan a la era de la globalización en la que vivimos.

En relación a lo primero, es preciso señalar que la dinámica histórica de México, querámoslo o no, ha estado marcada por esta constante geopolítica y económica que significa la presencia de Estados Unidos en nuestra vida nacional.

No es posible —sin considerar, junto con otras circunstancias, la intensa relación que nuestro país ha desplegado con Estados Unidos

¹⁹ En "México: soberanía y nacionalismo en la era de la globalización", *op. cit. ant.*, pp. 61-67, hemos probado estas aseveraciones y desarrollamos algunas hipótesis para la reconstrucción y el fortalecimiento de estos valores.

para constituirse en un Estado moderno— entender el nacimiento, el reforzamiento y el desarrollo del sentimiento que cada mexicano tuvo de pertenecer a la Nación, de identificarse con ésta. Ahora bien, cuando hablamos de Nación, en el caso de la nación mexicana, queremos remitirnos no a la diferencia, a la pluralidad, a la heterogeneidad de los grupos sociales que la integran, sino a la historia pasada y presente comunes, al carácter comunitario de esta historia, realizada a partir de condiciones productivas, políticas y sociales que, en un proceso dinámico e imaginativo, comenzaron a fusionarse, a reforzarse e integrarse en una institución imaginaria, en una esfera de significación especial y particularizada que se dio y que se denominó “México”, la realidad socio-geográfica que circunscribe y designa a sus miembros como “mexicanos”.

En este proceso gradual y dinámico de identificación que se formaliza con la independencia de la Nueva España de España, en el siglo XIX, que se refuerza y se acelera, se oscurece y debilita con las acciones económicas políticas y sociales que conducen a la revolución de 1910; para luego desplegarse y consolidarse en el nacionalismo mexicano, institución imaginaria de unificación y sedimentación que se cristaliza, Estados Unidos estuvo siempre presente. Es más, en la etapa decisiva de la constitución de la unidad nacional, esto es, entre 1876 y 1910 y ya antes, la presencia y la acción de Estados Unidos marcan nuestra historia y nuestra personalidad como Nación.

Nuestra convulsiva vida interna y la guerra civil desatada entre 1910 y 1920 y los posteriores años en los que se estabilizó el país y se continuó la construcción de nuestra identidad de país moderno, estuvo marcada por la presencia del país del norte en nuestras relaciones internas e internacionales. Su presencia se ha acrecentado cuando se han endurecido y fosilizado los símbolos de esta identidad con la posterior creación de las instituciones del México moderno; de igual modo, cuando el nacionalismo se convirtió en un mero ritual vacío del contenido vinculante, unificador del interés de la nación, para servir de justificativo de intereses particulares.

No era ya un valor unificado, la expresión colectiva del reconoci-

miento de igualdad de oportunidades y de realizaciones para todos.

Es cierto que no hay geopolítica invariable a través de nuestro tiempo y de nuestras circunstancias históricas, porque los grupos, las clases, los intereses internos, han sido y son cambiantes en sus propias dinámicas. Nuestras necesidades no han sido las mismas y las soluciones que nuestros gobiernos han tomado para edificar nuestro país, pero pueden darse constantes de nuestra conducta nacional e internacional que marcan nuestro ser nacional y nuestra relación con Estados Unidos.

No se pueden entender nuestras etapas de transformaciones políticas profundas e institucionales que se prolongan hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, que se dieron bajo el impulso del nacionalismo revolucionario y que, poco a poco, fueron consolidando al Estado mexicano y con él a las instituciones socioeconómicas que apuntalaron la estabilización del país sin tomar en cuenta nuestras relaciones con Estados Unidos.

En efecto, México —que ya había logrado con dificultades su unificación política y su estabilidad social— aceleró su incorporación dinámica a la economía mundial abasteciendo de materias primas y productos a Estados Unidos, que entre las dos guerras mundiales —surtiendo a los europeos de armas y pertrechos— se consolidaba como una potencia industrial y económica dominante; mientras las economías europeas decaían a consecuencia de los efectos devastadores del belicismo nacionalista, que escondía sus ambiciones imperialistas.

Así, mientras las nuevas tecnologías se asimilaban y desarrollaban en el Japón y la Unión Soviética, México completaba su primera etapa de industrialización gracias a su relación comercial con nuestro poderoso vecino. Este no sólo desarrolló nuevas empresas industriales, sino que automatizó gran parte de los procesos productivos y se puso a la vanguardia del proceso de producción mundial.

De tal modo que la firme economía norteamericana no sólo abasteció al mercado europeo y expandió su propio mercado interno, sino que contribuyó con inversiones, equipos y nuevas tecnologías a la expansión del mercado interno del país.

Esta interesada intromisión en nuestra economía fue en extremo

beneficioso para México, que ya había despuntado en el proceso de industrialización ligera. Esta situación incrementó en gran medida la demanda de materia prima y productos primarios mexicanos por parte de Estados Unidos y al mismo tiempo impulsó en el país la importación de bienes más complejos: maquinaria y equipo, bienes intermedios y de capital para avanzar hacia una nueva fase de industrialización sustitutiva.

Así, después de 1945, la expansión del consumo masivo en Estados Unidos y el impulso que éste dio a la reconstrucción de Europa y del Japón para consolidar su sistema industrial, comercial y financiero, propiciaron en México un nuevo auge de las exportaciones agrícolas y mineras. Sus excedentes permitirían consolidar una nueva etapa de crecimiento del mercado interno que fortaleció las anteriores fases del proceso de industrialización interno y ensanchó la demanda de la población, la cual aceleró el proceso de urbanización. Esta etapa de crecimiento milagroso es explicable también gracias a la creciente intensidad de nuestras relaciones con Estados Unidos.

Las relaciones que estamos ejemplificando, para no crear equívocos interpretativos, no estuvieron desprovistas de enfrentamientos, de conflictos y hasta de intervenciones que atentaron contra la soberanía y autonomía que México había venido construyendo a lo largo de su historia; pero aun así, fueron positivas porque contribuyeron a crear nuestra identidad; ese saludable distanciamiento que nos hace distintos, capaces de valernos por nosotros mismos a pesar de nuestras adversidades.

Valga recordar las tensiones que el país experimento para defender las minas, los ferrocarriles y el petróleo a lo largo del porfiriato. El apoyo que Estados Unidos dio a los revolucionarios insurgentes contra la dictadura no fue gratuito; tenía interés muy especial en los recursos naturales y particularmente en las reservas petroleras. Ello explica el conflicto que se suscitó y también el actuar del nacionalismo mexicano, así como el posterior manejo estatal del petróleo y de otras materias primas, vegetales y minerales que aún se disponen.

**b) *La crisis de México, Estados Unidos
y el desmoronamiento de nuestra identidad***

Podríamos seguir añadiendo nuevas perlas a este largo collar de relaciones que nos unen con Estados Unidos; pero sólo basta mostrar sumariamente que nuestra etapa de estancamiento, de crisis económica, de grandes desajustes y desequilibrios económicos, políticos y sociales también está marcada con una mayor intensificación de nuestras relaciones con Estados Unidos.

Cuando nuestro país intentó entre 1960 y 1970 avanzar hacia nuevas etapas de desarrollo endógeno para fortalecer su identidad y proporcionar a sus sectores sociales mayoritarios mejoras en sus niveles de vida y corregir así los desequilibrios ancestrales, Estados Unidos vivía una etapa de depresión momentánea de su comercio a nivel mundial que nos afectó directamente. Ello mostró nuestra vulnerabilidad interna; o sea, la falta de una intensa simbiosis interna entre nuestro desarrollo económico y nuestra personalidad nacional.

Este desajuste fue quebrando nuestro sentimiento de pertenencia: el ser mexicanos, el disfrutar todos de las riquezas generadas por todos resultó ser para la mayoría un fingimiento, una farsa, un engaño; sólo unos pocos las acaparaban con fruición.

El desarrollo económico, lo constatamos, se había dado sin distribución, sin reparto social; sin igualdad de oportunidades y de resultados y ello desintegraba nuestra personalidad, atentaba contra nuestra unidad nacional, deslegitimando a los gobiernos de turno y debilitando nuestra soberanía frente a las relaciones con las demás naciones soberanas, principalmente con Estados Unidos, pues con este país las teníamos más frecuente e intensamente.

Un fuerte cambio de conducta social era necesario: faltaba ahorro interno; es decir, riqueza nacional que pudiera destinarse para impulsar el desarrollo nacional; el interés común, no el interés particular, el acaparamiento de la riqueza y el uso de la misma para incrementar la fortuna y el poder monopólico de unos cuantos que, del nacionalismo, habían hecho un escaparate propagandístico, una justificación engañosa

para usufructuar de la riqueza generada por las mayorías. Se veía claramente cómo las estrategias gubernamentales de manejo de la economía, las facilidades para la expansión de la industria nacional, expresadas en aranceles muy altos y en prohibiciones a la importación de muchos productos que por sus bajos costos hubieran equilibrado el consumo de los grupos sociales carentes de riqueza, sólo beneficiaron a los empresarios mexicanos; o sea, a una minúscula parte de la nación.

Una reforma en el sentido de favorecer el interés común; o sea, a todos los mexicanos que no habían disfrutado de la riqueza nacional se hacía necesaria. Las ganancias fáciles, a costa del consumo y del bienestar de las mayorías: campesinos, trabajadores que exigían poco en calidad y bajos costos eran percibidas por los sectores medios como carencias de servicios que generaban exigencias, fuertes demandas de servicios que el gobierno no podía satisfacer.

Así, entonces el sentimiento de unidad nacional, el nacionalismo, se agotaba y con ello el gobierno iba perdiendo su función de fomentador de la unidad interna del país dentro de la diversidad de exigencias que no podían ser satisfechas. Exigir invertir a los grupos sociales que vivían de los privilegios —en función de los intereses nacionales— no sólo generaría contradicciones en el interior del tejido social sino en las esferas gubernamentales que también disfrutaban de privilegios arbitrarios.

Para no agitar más el sentimiento de aversión contra ese nacionalismo fraudulento y excluyente, el gobierno optó por recurrir al financiamiento externo y aquí también Estados Unidos vino en nuestra ayuda y salió aventajado. Su dinero, producto de los excedentes petroleros no invertidos, estaba ocioso, disponible y sus bancos privados lo ofrecían con facilidades ampliadas. Ello resultó ser el cebo que atrajo a nuestra economía urgida de dinero pero también, a la larga, se convirtió en la cadena más fuerte que incrementó significativamente nuestras relaciones de dependencia y de subordinación de nuestra soberanía y autonomía ya debilitadas.

El desequilibrio comercial, el desorden fiscal y descontrol monetario y el caos financiero, provenientes de nuestra estructura social y política de privilegios, atizaron el fuego de nuestras contradicciones

internas y con la inflación del dinero y de las expectativas se fueron perdiendo los escasos valores de solidaridad y de cooperación que aún guardaban un rescoldo de identidad nacional, de amor a nosotros, a la patria, a la nación mexicana.

El epílogo de esta tentativa fue el colapso financiero del país y la crisis de la deuda que dio paso a fijar un nuevo eslabón en la ya dura cadena de dependencia y de pérdida de soberanía, que ya el país sufría por parte de Estados Unidos. En estas nuevas circunstancias la unidad económica, social, política y cultural de la nación entraba en crisis. No nos quedaba más que el *folklore*, los lugares comunes, los ritos, las ilusiones y los mitos del pasado que a las viejas generaciones de mexicanos les dejaban la nostalgia y la depresión de lo que fueron y a las nuevas ya no les significaban nada; eran viejas piezas culturales que se exhibían y vendían, a los mejores postores, en el museo de México.

Lenguaje, religión, tradiciones familiares, música, baile y comida, nuestro patrimonio cultural, nuestros usos y costumbres, criterios de evaluación y valores, ya no eran más el cemento unificador y el aguijón que desencadenaba el sentimiento del nosotros. La venta a precios de regalo de las empresas estatales, el patrimonio de la nación en otros tiempos, para pagar las deudas, la apertura comercial acelerada, la liberación de los controles a las empresas industriales, financieras y de servicios al mismo tiempo que facilitaron no tanto la penetración de las corporaciones transnacionales norteamericanas, sino su derecho de imponerse sobre los intereses de la nación. Ello contribuiría a disolver aún más nuestra identidad nacional en crisis y diluir en el océano de nuestras frustraciones e incertidumbres nacionales e internacionales nuestra soberanía, nuestra autonomía; o sea, los únicos resortes endógenos que nos potenciarían para poder resolver, a nuestro modo, nuestros propios problemas.

Con este debilitamiento interno causado por la crisis, con la pérdida de la identidad cultural y de la nacional que son concomitantes, las nuevas formas de dominación y aculturación propias de la homogeneización globalizadora, impuesta por las corporaciones y difundida por los medios masivos de comunicación a su servicio, no tardaron en romper

nuestras débiles defensas y en igualar el deseo de satisfacer nuestras necesidades crecientes a través del consumo compulsivo; nueva fórmula cultural y tecnológica que parece caracterizar a las sociedades globalizadas, entre las que destaca Estados Unidos.

Así, el deslumbramiento propagandístico norteamericano, su nuevo proyecto de integración de México al bloque norteamericano, fórmula para asegurar la reconstitución de su dominio económico y su hegemonía mundial declinante se introyectaba en las entrañas de nuestra nación en crisis. Es más, debido a la debilidad de nuestra autonomía se constituía en nuestro proyecto nacional para la salida de la crisis que estamos soportando.

A no dudar, la globalización, la ideología globalizadora, se había enseñoreado en México; la nueva inserción dinámica en el mercado mundial la haríamos —como en otros tiempos— a través de Estados Unidos; pero esta vez siendo parte integrante de su nueva esfera de soberanía.

Lo último genera para unos la nueva esperanza de acercarnos más y más al mundo moderno, al de los países del Primer Mundo; no obstante, para otros es, todavía, una ilusión, una quimera que el gobierno ha fabricado y que el amargo despertar de la guerrilla en Chiapas puso en alerta.

Esta nueva ruptura de la unidad nacional, esta negación por parte de unos grupos sociales de nuestro pasado y la asunción de un presente que no nos diferencia de los otros para enriquecernos como colectivo social; esto es, por un lado, para reivindicar y defender nuestro patrimonio y, por el otro, para recrearlo, cambiarlo, innovarlo; o sea, para ponerlo al servicio de nuevas formas de vivir, de desear, de comprender, de amar y de proyectar y realizar lo nuestro, lo que nos hace diferentes pero más abiertos a los cambios universales que nos hacen más humanos y sociales.

4. La construcción de una nueva identidad y personalidad nacionales en el contexto de la globalización

Considerado ya nuestro contexto particular y las limitaciones que éste nos marca en cuanto a la construcción de una nueva identidad nacional, cabe, para finalizar este trabajo, considerar con singular atención los acelerados cambios en el panorama mundial que caracterizan a la época que vivimos. Así podremos no solamente tomar conciencia de nuestra actualidad sino realizar una proyección realista sobre el futuro que podremos construir. La riqueza de los cambios que apenas vislumbramos, su inminencia y su tremenda intensidad están dejando atrás las viejas realidades que nos habían servido de referencia y que habían marcado nuestros derroteros internos e internacionales.

Vivimos un fin de siglo extremadamente dinámico, una nueva sociedad de masas más integrada, más informada, más culta y más pluralista que la que surgió después de 1945, fecha a la que nos referimos para hablar del nuevo orden mundial: el de las Naciones Unidas que nos sirvió de base para crear este presente que muy velozmente se está convirtiendo en pasado.

Presenciamos en cada momento de nuestra existencia la potencialidad de una revolución científico-técnica que hace 50 años apenas estaba dando sus primeros pasos. Su aceleramiento y expansión han sido prodigiosos y los límites de sus alcances económicos, políticos y sociales no son totalmente visibles en nuestro horizonte. Quizá no entendamos totalmente lo que esto significa, en tanto perspectivas de futuro; pero los pensadores, literatos, escritores e intelectuales y políticos que se han inclinado a delinear sus contornos se han quedado cortos; apenas alcanzan a descifrar las modalidades de estos cambios pero nunca a decirnos su tremenda y soterrada fuerza.

Nos hemos visto envueltos en procesos que ni los ortodoxos conservadores, ni los revolucionarios iconoclastas alcanzaron a prever y aparecerán nuevos que apenas alcanzaremos y alcanzarán a comprender. Las explicaciones de estos nuevos cambios están por hacerse y no hay teoría, por más rica y completa que ésta sea, que haya aun logrado pro-

cesar y deglutir la renovación y la revolución de las ideas cuyos inicios presenciarnos.

Estados Unidos, en este escenario, aparece como un gigante que se muere lentamente comparado con la vitalidad el brío y la potencialidad de los países europeos y asiáticos que como sociedades ya han vivido milenios de su historia y rejuvenecen. Pero no nos engañemos, el enorme país del norte sigue siendo la más poderosa de las potencias mundiales y ha emprendido cambios silenciosos, que ahora le están redituando ampliamente lo que la otra potencia —que surgió hace 50 años como un poderoso imperio— no pudo realizar sin desmoronarse momentáneamente; para luego reiniciar su recomposición interna sobre sus mismas bases milenarias, pero dentro de muy difíciles circunstancias económicas y sociales. Lo que marca una formidable diferencia en términos potenciales presentes y futuros en el campo de las conductas de Estados Unidos y de Rusia que es el país que aún aglutina a la desmoronada ex-Unión Soviética.

América Latina apenas está terminando su mocedad y México con ella está pasando sus primeros y difíciles años de crisis para alcanzar la madurez. La diferencia de nuestro espacio regional más directo, respecto de la región asiática, es también muy elocuente y sus países con arraigos milenarios, entre ellos Japón y los que emergieron cerca de él, aprovechándose de su empuje tardío y de la potente dinámica de la revolución científico técnica que la asimilaron creativamente, en comparación con nosotros, experimentaron por un buen tiempo un intenso dinamismo internacional que ahora están perdiendo; lo que significa una lección para nosotros, pues tendremos que aprender que crecer y consolidarnos, nos costará amargos esfuerzos en el tiempo y gran prudencia para no despilfarrar nuestros recursos y riquezas.

No es necesario llenarnos de estadísticas para marcar los hechos que apenas subrayamos, pero vale la pena completar el cuadro de luces con las innumerables sombras que el actual presente carga sobre sus hombros. El crecimiento económico que hace treinta años era de 5% en los países de alta industrialización ha descendido hasta un promedio de 2.5 % en los años actuales y el de los países en vías de desarrollo, que se

había acelerado hasta llegar al 10%, apenas llega a un modesto crecimiento del orden de 3% en promedio, empatándose con el índice de crecimiento demográfico pero retrasándose enormemente con los índices de desarrollo que deberíamos alcanzar. Apenas hemos llegado a suprimir los niveles de infrasubsistencia, de infradesarrollo y de infraconsumo en que la gran mayoría de los habitantes del universo están postrados.

Frente a la gran acumulación de riquezas materiales y sociales que jamás en la historia de las anteriores sociedades se había soñado, subsiste la pobreza y se incrementan con ella el hambre, la miseria, las enfermedades, el vicio, el crimen. Vale añadir a esta serie de azotes, los males de la devastación de los recursos naturales y humanos que con mayor celeridad van abarcando lo mismo a los países desarrollados que a los en vías de emprenderlo y, con mayor razón, a los que no han podido aún iniciar tal despegue.

Vivimos, pues, la negación de la gloriosa globalización que traería la paz y la prosperidad a todos nuestros pueblos; o bien, dicho de otro modo, los fracasos del proceso se han globalizado y los éxitos se han estacionado en pocos países. Superar las anteriores limitaciones y aprovechar los vertiginosos ritmos de los cambios parecería ser la tarea política fundamental que nos espera.

La alucinante perspectiva de vivir en el Primer Mundo, por atarnos a la zaga del gran barco norteamericano, no nos sacará de nuestro subdesarrollo. Ya hace 50 años muchos países y entre ellos nuestros países latinoamericanos no habían podido superar su humillante calidad de satélites olvidados y mendicantes de la poderosa Unión Americana que los tutoreaba. El pretexto: librarlos de las garras terribles del comunismo al costo de dejar crecer estructuras arcaicas, dictaduras de élites que se oponían a los mínimos cambios que nuestros pueblos necesitaban para poder participar en la vida nacional, para solucionar sus añejos y arraigados males.

En la actualidad, las cosas no han cambiado significativamente, la historia de las intervenciones armadas de nuestra potencia tutelar para hollar sin miramientos nuestra soberanías disminuidas no se han terminado; se han vuelto más finas y discretas; han sido grupos sociales inter-

nos con intereses económicos y políticos subordinados a los de Estados Unidos, los que en la mayoría de los casos han hecho el trabajo sucio y han impedido la profundización de las transformaciones sociales; se han opuesto al pluralismo democrático que poco a poco está desarrollándose en el seno de nuestros países, como un signo de los tiempos. El énfasis —al contrario— sí se ha modificado para estar con los “tiempos globalizadores”, en los cuales el libre comercio, la libre circulación de capitales “buscando los más altas ganancias y réditos, están lejos de cumplir las promesas de un mundo mejor”. En sí, nos crean la ilusión de un mejor futuro, pero la carga del presente por momentos se nos hace insoportable.

Si hacemos memoria, los planes económicos globales para impulsar bajo la guía tutelar e interesada de Estados Unidos los cambios que a ellos los beneficiaron ampliamente, también han sido una constante. Recordemos los análisis de los especialistas, los informes de las empresas corporativas, de los bancos norteamericanos y los enormes portafolios secretos en manos del secretario de las Finanzas o de Estado, según los casos, sobre recursos potenciales, mercados y vida política. Con ellos, Estados Unidos, con gran audacia, trataba de influir sobre líderes empresariales y dirigentes políticos.

Nada quedaba fuera del exhaustivo y prolijo levantamiento planificador; la economía, la agricultura, la industria y los servicios. El primer Plan Marshall para América Latina —el cual después se transformó en la Alianza para el Progreso— hablaba de la reforma agraria, de la integración regional, de la mecanización del campo y de la industrialización de las ciudades. Es obvio decirlo, no faltaban las inversiones norteamericanas administradas por el Banco Interamericano de Desarrollo, controladas y ejecutadas por el Consejo Interamericano Económico y Social. En lo político se contemplaba la preservación de las oligarquías y de los impulsos a la democracia, los cuales no podían faltar, cuando los gobiernos no convenían a los intereses económicos y políticos de Estados Unidos y también para evitar las revoluciones sociales.²⁰ Se ensayaron

²⁰ Ver a este respecto el discurso del 13 de marzo de 1961 y el Mensaje al Congre-

además coaliciones de países, alianzas y compromisos de defensas mutua y apoyos o reducciones de presupuestos militares según conveniencias mutuas.

La nueva "Iniciativa de las Américas", que sirvió de base para la conformación del bloque económico norteamericano, al que México pertenece desde la firma del NAFTA en 1994, es en la actualidad el más ambicioso de los proyectos norteamericanos sobre nuestra región. Intenta con ella la realización de una zona de libre comercio hemisférica que se extienda "desde el puerto de Anchorage hasta la Tierra de Fuego".²¹ Esta "Iniciativa" en marcha deberá transformarse luego en una comunidad de democracias, mediante la expansión de su comercio, de sus finanzas y de sus industrias de punta medioambientales y agrícolas con base al desarrollo biotecnológico, como se señaló en la "Cumbre de las Américas".²²

No se trata de un plan coyuntural, de ocasión, electorero, forma parte de una "política de Estado" que está por encima de la lucha entre liberales y conservadores

porque sirve a los intereses de Estados Unidos: el Tratado significa empleos americanos y bien remunerados; si éste es rechazado, Estados Unidos ya no podrá... impulsar la economía mundial. Estos no son tiempos de derrotismo, son tiempos de abrazar una oportunidad que es enorme,

decía Clinton en su enfático discurso²³ para convencer al Congreso de firmar el TLC.

so de Estados Unidos que el presidente Kennedy dio el día siguiente, en prensa norteamericana, *Washington Post* y *Wall Street Journal* del 13 y 14 de marzo de 1961.

²¹ Este proyecto (Intreprise for the Americas Initiative) fue anunciado por G. Bush el 27 de junio de 1990 y se refiere al Nuevo Orden Internacional que Estados Unidos está interesado en construir para recuperar su liderazgo mundial.

²² Cf. R. Lizárraga, "Renacerá la política del buen vecino: Gore", en *El Financiero*, México, 2 de diciembre de 1993, p. 54.

²³ W. Clinton, fragmentos del discurso pronunciado con ocasión de la suscripción de los Acuerdos Paralelos el 14 de septiembre de 1993; ver D. Estévez, "Difícil la lucha

Así pues, como lo ha hecho a lo largo de su historia de gran potencia imperialista, impulsó el *self-interest*, el destino manifiesto: la conformación del Bloque Norteamericano con la que la gran potencia económica norteamericana intentará recuperar su liderazgo mundial.²⁴ Canadá, Estados Unidos y México integrados y, a través del último, los demás países latinoamericanos están atados a su proyecto futuro: afrontar con gran fuerza el reto de lograr la globalización; o sea, el reinado de sus grandes corporaciones internacionales sobre los bienes, recursos y mercados de todo tipo, de los países débiles.

No es de admirar en lo anterior la prolijidad, la claridad y el detalle de la planificación de las reformas con las que el gobierno norteamericano lleva al cabo su tarea de intervención en nuestros Estados soberanos; lo que realmente asombra es el aparente olvido de la "mano invisible", de los mecanismos espontáneos de equilibración económica que son suplantados por la acción directa del Estado soberano norteamericano que amplía sin rubor sus dominios sobre todos los países del continente latinoamericano. De tal modo que la disminución de las soberanías nacionales que el corporativismo empresarial norteamericano emprendió en el campo económico ya hace 30 años sobre nuestras débiles economías y el que hoy se impulsa fue y es reforzado por la intervención política directa o indirecta del Estado-Nación norteamericano, con el apoyo de sus aliados internos.

Así, volvemos a confirmar que la idea globalizadora se manifiesta como una justificación de un dominio mundial, de una hegemonía que, para fortalecerse, debe disminuir o acabar con los intentos de soberanía y autonomía de los países que le oponen resistencia. Esto es, que luchan por construir su propia identidad y personalidad nacionales.

pero ganaremos: Clinton", en sección "Comercio Exterior" de *El Financiero*, México, 15 de septiembre de 1993, p. 16.

²⁴ Véase a este respecto R. Galpin, *The Political Economy of International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 1987, p. 90, también R. W. Cox, "Production and Hegemony: Toward a Political Economy of World Order", en H. K. Jacobson y D. Sidjanski (eds.), *The Emerging International Economic Order: Dynamic Process, Constraints and Opportunities*, Beverly Hills, Sage Publications, 1982, p. 53.

Los grupos nacionales subordinados a los intereses norteamericanos que son las minorías en vano tratan de engañar con sus discursos a nuestras naciones debilitadas y en este caso México es un ejemplo paradigmático. La lucha que el pueblo de México ha emprendido por recuperar su identidad, por ganar autonomía y recuperar su independencia soberana será larga y penosa en el marco interno de su vida nacional y en su conducta y acciones internacionales.

5. La creación de una nueva soberanía e identidad nacionales

a) La necesidad de los otros

Ningún país en uso de su autonomía, libertad y soberanía puede decidir integrarse a otro sin haber por sí mismo evaluado sus costos y sus beneficios. El NAFTA al que México pertenece *de facto* es una integración económica parcial con efectos que van más allá de un simple tratado comercial, como lo hemos ya indicado.²⁵ Negarlo sería una aberración que la realidad de nuestra subordinación y ceguera apenas lo justificarían. Es más, se podría argumentar que fue y es una decisión soberana del pueblo mexicano; expresada a través de sus dos últimos presidentes con la que se decidió llevar adelante su estrategia económica audaz para salir de la crisis.

Como lo hemos analizado, a lo largo de nuestra historia, hemos necesitado de los otros, del mundo y del Otro que es nuestro vecino para desarrollarnos; para devenir una nación moderna. Si ahora nuestra identidad, nuestro yo colectivo, está debilitado y estamos al punto del colapso, no debemos sentirnos cercanos a la catástrofe. No es una trage-

²⁵ El libro de Albert O. Hirschman, *National Power and Structure of Foreign Trade*, University of California Press, Berkeley, 1980, pinta de modo magistral la pérdida de soberanía que tendría que ser compensada por un mayor desarrollo y libertad de los individuos, gracias a los efectos benéficos del libre comercio internacional.

dia, el hado maldito que nos acosa, la que estamos escribiendo; se trata de una crisis profunda de identidad por la que estamos pasando y es preciso tomar conciencia que ahora y más que nunca necesita de los otros, del mundo que es más abierto, más diversificado y pluralista; para realizarnos, para labrar nuestro propio enriquecimiento interno.

Ahora que los planos históricos, el nacional y el internacional, que determinan nuestra existencia se encuentran tan cercanos no podemos crecer aislados, a espaldas del mundo. Así, la integración al mundo es por necesidad, al menos, bilateral o mejor multilateral; esto es, implica socialidad, alianzas, compromisos y responsabilidad; o sea, se hace necesaria la evaluación, la discusión de integrarse, de unirse al otro, a los otros, en vista de ponerse de acuerdo, de discutir, de valorar las razones de integración y de tomar la decisión, acción responsable: ético-política de llevarla a cabo. Se trata, entonces, de un acuerdo, de un deshacerse de algo de su individualidad, de una cesión de una parte de la libertad, de la "soberanía", de la autonomía; o sea, de la capacidad para actuar libre y responsablemente en función de un valor considerado superior al que se otorga. Esto es, se trata de buscar en el otro, en los otros, la complementaridad; o sea, aprovechar las diferencias para crecer, desarrollarse, enriquecerse; devenir, ser otro, siendo uno mismo, pero más rápidamente y con menores dificultades.

La integración mundial, la cesión parcial de la soberanía de los países, de las naciones y de los Estados, no descansa en el sometimiento, en la subordinación, en el conflicto de intereses particulares, en el aprovechamiento unilateral de los otros sino en la integración de las diferencias, de las distintas habilidades, de las ventajas unilaterales para un mayor desarrollo y enriquecimiento mutuo.

El triunfo de un país sobre otro, la imposición de una cultura, de una civilización sobre otra, son formas de sometimiento que tratan de negar, de anular o subordinar la riqueza, la pluralidad, las diferencias que son la base real de la integración. "Una integración ofensiva", es siempre una imposición, un sometimiento y trae aparejada una defensa, "una integración defensiva", una resistencia del otro a integrarse, a defenderse de la agresión del mal llamado triunfo del uno sobre el otro.

La tendencia integrativa que se hace más visible en la sociedad internacional actual no se debe, entonces, al “triumfo de Occidente”, definido por Fukuyama como “una lucha para realizar la idea de libertad latente” en la

conciencia humana que ya ha llegado a su fin; pues durante el siglo XX, las fuerzas del totalitarismo han sido decididamente derrotadas por los Estados Unidos y sus aliados y, con ello, ha llegado el fin de la evolución ideológica del mundo y la universalización de la democracia occidental.²⁶

La libertad y la democracia no son valores de Occidente, son aspiraciones de la humanidad entera, son formas de gobierno, de comportamiento, de participación idiosincráticas del hombre que se han venido construyendo en el largo proceso de humanización. No son tampoco la imposición de una civilización a otra que no las ha desplegado. Aquí me refiero a Huntington que expresa el futuro internacional como una lucha entre civilizaciones y culturas; obviamente, el arrogante profesor de Harvard, sesgando su análisis, asume el imperialismo de la civilización occidental sobre las otras y hace de la cultura norteamericana el prototipo de la misma. Así lo expresa concretamente para el caso de México: “que dejó ya de ser un país antagónico para Estados Unidos; pues ya decidió abandonar la ‘cultura latinoamericana’ y optó por integrarse a la ‘civilización norteamericana.’”²⁷

Independientemente de las inconsistencias teórico-conceptuales imputables a su ideologismo imperialista, el *thinktank* norteamericano

²⁶ Cf. F. Fukuyama, “History has come to end”, in *National Interest*, núm. 6, Summer, 1989, Washington, D. C. El artículo fue traducido al español por Oralia González y publicado en “Página uno”, en *Uno más uno*, México, domingo 11 de febrero de 1990, pp. 8-9.

²⁷ Cf. S. Huntington, “The clash of civilizations?”, en *Foreign Affairs*, Summer, 1993, pp. 22-49; ver también D. Estévez, “México dejó de ser un país antagónico para Estados Unidos: Huntington”, en *El Financiero*, México, 5 de julio de 1993, y L. Mayer, “De la lucha de clases a la de civilizaciones, Nuestro Futuro desde Harvard”, en *Excelsior*, México, 15 de julio de 1993, pp. 1 y 15.

percibe el futuro internacional lúcidamente: una historia de conflictos, un choque de civilizaciones; pero el maestro se olvida de que toda "cultura" o "civilización" (de hecho, las distingue) se asientan, nacen y crecen en un mar de relaciones muy complejas que van desde los conflictos individuales, de grupos, de étnias, de religiones, hasta los de las clases o entre los países, las regiones y los bloques; donde se esconden bajo el ropaje de los "choques civilizatorios": privilegios en la captación y la distribución de la riqueza material y social, monopolios del saber y del poder que se han aliado para justificar por el intermedio de una religión, de una etnia, de un grupo o grupos, de un dogma, de una visión del mundo, un determinado ser de las cosas a partir del cual se puede vencer, dominar, domesticar y subordinar a otros.²⁸

b) El fortalecimiento de nuestra identidad y la recuperación de nuestra autonomía y soberanía

Sí, como lo indicamos anteriormente, necesitamos de los otros para integrar nuestro ser nacional, ello no implica que los otros nos quieran homogeneizar, domesticar; anular nuestras diferencias, quitarnos nuestra identidad. La crisis económica, política y social que ahora vivimos es signo de una larga etapa de transición hacia nuestra madurez. El nuevo orden mundial del que ya llevamos recorrido largo trecho²⁹ no implica necesariamente la homogeneización de las culturas, la llegada del hombre cosificado, domesticado, amorfo, unidimensional,³⁰ como temíamos en el momento más álgido de la crisis mundial.

²⁸ Ver el papel engañoso, domesticador y mistificador de la ciencia en Francisco Dávila, *Teoría, ciencia y metodología en la era de la modernidad*, México, ed. Fontamara, 1995.

²⁹ No nos referimos al nuevo orden mundial que G. Bush anunció después que Estados Unidos terminó la guerra en el Golfo Pérsico, sino al orden internacional surgido luego de 1945 con la Institucionalización de las Naciones Unidas al que nos referimos anteriormente. Ver *supra*, pp. 8 y ss.

³⁰ Cf. H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, ed. Joaquín Mortiz, 1984.

Nuestra identidad nacional, nuestro sentido de pertenencia, nuestra autoconciencia, la comprensión de nuestras propias diferencias, la de los mexicanos, la de la nación mexicana; de ese colectivo imaginario de valores, mitos, ritos generados históricamente, constituidos por los grupos sociales fundadores de la nacionalidad y alimentados constantemente por el nacionalismo, como ideología de la construcción imaginaria de la nación, es preciso recrearlos constantemente porque cambian con nosotros y con los cambios del mundo que nos circunda.

La identidad frente a los cambios es nuestra condición de vida; pero esto parece ser una paradoja que es preciso descifrar. La identidad no es como una semilla que sólo necesita de un terreno para crecer, para desplegar sus potencialidades inherentes. La identidad nacional se construye históricamente, tomando del exterior, de los otros, lo que nos fortalece, lo que nos diferencia, lo que nos hace vivir, desear, amar, proyectar y realizar. La identidad en construcción exige y requiere un trabajo ingente de asimilación de los otros a partir de nuestras tradiciones (de nuestra identidad pasada) no sólo es conservación, es recreación constante, una actitud de comprensión y asimilación de los cambios nacionales e internacionales para construir nuestra riqueza nacional.

La conservación de la identidad nacional sin su recreación nos llevaría a la defensa agresiva, a los fundamentalismos, a los nacionalismos chauvinistas excluyentes. Según Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas*, el impulso nacionalizador era incluyente, pero el nacionalismo era a todas luces excluyente. No se trata de aniquilar a los otros para realzar nuestra afirmación. La construcción de nuestra identidad es activa, no es defensiva, no tiene miedo de aceptar la de los otros; pero lo hace de un modo creativo, reconociendo en ello lo humano, lo valioso, lo universal que tienen los contenidos valorativos positivos que los otros nos presentan y que tenemos que asimilarlos de acuerdo con nuestras propias características y necesidades.

No podemos actualmente crecer y desarrollarnos como nación y nunca lo hemos hecho, sin los otros, sin nuestros vecinos; pero tampoco podemos hacerlo a costa de ellos o a la sombra de su tutoría. Este mundo dinámico en el que hoy vivimos ya no es para infantes u adolescentes

o para naciones que sufren de amnesia o retardo mental. Es para los pueblos que tienen el coraje, la dignidad y la capacidad para crear e innovar, para sacar provecho de sus propios errores. No será nunca el tutor el que caminará por nosotros sino nosotros los que haremos el camino, con nuestros propios pasos.

Ninguna potencia por más poderosa que sea está en posibilidad y capacidad de conducir a otra y de colocarla en la senda de su propia prosperidad nacional. No vale la pena engañarnos por los dulces cantos de las sirenas que nos anuncian la prosperidad, sin la decisión de navegar por los mares procelosos de nuestras propias dudas, de nuestros propios ensayos. Somos nosotros los mexicanos los que encontraremos nuestras propias soluciones a los males que nos aquejan, por lo que requerimos de autonomía y decisión para tomar nuestro destino en nuestras propias manos. Pero ello no surgiría espontáneamente, depende de nuestra constancia, de nuestro esfuerzo para lograr un desarrollo nacional dinámico; entendiendo la dinámica del mundo, de las relaciones y de las nuevas alianzas que podamos entablar en el nuevo entorno internacional que se está ya perfilando.

Se requiere pues de una fuerte identidad nacional que nos posibilite una fuerte personalidad nacional para actuar con autonomía frente a la pérdida de la misma que nos asecha.

Ello quiere decir que en lo fundamental tendremos que actuar sin sujeción a otras voluntades soberanas; esto es, sin sujetarnos a normas impuestas por otros Estados, sin subordinación a sus sistemas económicos, políticos, sociales y culturales; sin plegarnos en nuestro actuar a los dictados y mandatos de las nuevas y viejas potencias; sin ser esclavos o partícipes de sus intereses mezquinos o particulares, sin mendigar sus apoyos y su ayuda siempre interesada.

En el marco internacional ampliado y plural que hoy vivimos nuestra autonomía puede ejecutarse más fácilmente y con mayor eficiencia; es en este espacio donde los Estados más débiles y pequeños podemos defendernos de las agresiones de los grandes, y los pequeños y débiles podemos hacer valer nuestros propios intereses y ayudarnos mutuamente. Sólo de este modo nuestras acciones serán un actuar positivo y

estaremos cooperando en la conformación de una comunidad de Estados soberanos. Es en ese nuevo escenario donde reclamaremos el derecho a un trato justo, en el comercio, la economía y el desarrollo de nuestra cultura, en la medida en que nuestros intereses nacionales sean prioritariamente respetados.

6. A modo de conclusión

Los duros ajustes económicos que el país ha venido sufriendo desde hace casi 20 años, no sólo nos han reprimido económica y socialmente. La debilitada identidad y unidad nacional que aún era nuestro soporte acabó por romperse, dejándonos inermes en la subordinación enajenada, sin nuestros resortes vitales, sin nuestros ideales, sin nuestros valores y añorando los espejismos con los que nuestros conquistadores nos dominaron.

Pero así como el ave fénix surge de sus cenizas, los más vulnerados en su identidad, los campesinos de Chiapas, una de las regiones del país en donde las sucesivas modernizaciones emprendidas por los gobiernos posteriores a la revolución nunca llegaron y por ello, siendo mexicanos, nunca fueron considerados efectivamente, iniciaron a costa de sus vidas la reivindicación de la misma, aún en entredicho.

La ilusión de una modernización a la vuelta del camino, que los volvía a excluir y recluir, justo cuando se inauguraba la entrada formal de México al Primer Mundo, con el TLC norteamericano en funcionamiento, les sirvió de detonador. Apareció el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, con fusiles de palo y pasamontañas, el 1 de enero de 1994, desconociendo la legitimidad del gobierno y desafiando a su Ejército.

Acariciábamos el sueño de un país plenamente moderno y la quimera se desvaneció; nos despertamos en la dura realidad del Tercer Mundo, con el peligro de una centroamericanización, no deseada, y con el miedo de mayores desajustes políticos que profundizarán los ya existentes.

El deslumbramiento de una estrategia de mediano plazo, que se concreto en un duro ajuste aún no concluido y con muy altos costos sociales, terminó no sólo poniendo en un segundo plano y negando, con la crítica de las armas, la formalización de la integración al bloque norteamericano que diluye aún más nuestra precaria identidad y erosiona la formal unidad del país; lo que atiza el fuego de la crisis política de hondas consecuencias sociales si no se dan cambios a fondo en el sistema de gobierno imperante.

Ya desde el 1 de enero de 1994 no resultó posible ni conveniente para el gobierno continuar con más de lo mismo; pero reconocer no solamente que lo que hizo no funcionó sino que es necesario cambiar las estrategias políticas y económicas de corto y largo plazo para no correr el riesgo de empantanarnos, por años, en la violencia y en la represión, así como ahondar todavía más en las pérdidas ya experimentadas. Vale la pena —entonces— emprender realmente un proceso de modernización económica y política en el que las grandes mayorías participen a la par tanto en la toma de decisiones sobre sus proyectos de vida como en la distribución de las riquezas generadas para lograrlos.

El acontecimiento de Chiapas, los secuestros de empresarios y los asesinatos del Obispo de Guadalajara, de Luis Donald Colosio y de Francisco Ruiz Massieu, políticos connotados del PRI, la creciente inseguridad social, la corrupción endémica y la ineficacia de las leyes e instituciones aparecen como casos extremos, como una advertencia social de algo más hondo que está aconteciendo y que, de no corregirse de inmediato, podría dar lugar a nuevos brotes de violencia en otros rincones del país y con otros personajes importantes del mundo político y social. Ello instauraría la violencia, la ausencia de paz y el desgobierno y, junto con ello, sobrevendría la represión y un mayor endurecimiento del autoritarismo y el alejamiento de la democracia.

Hay grupos sociales opuestos al cambio y a la democracia que han tocado a las puertas del poder y éste en su afán desesperado de no perderlo, podría escuchar sus voces, las que piden dureza, fuerza y restauración del principio de autoridad.

Sin embargo, la sociedad, el pueblo, las grandes mayorías, en sus manifestaciones han dicho no a la guerra, no a violencia, no a la impunidad, no a la inseguridad, no a la injusticia y no a la inequidad económica, política y social. Se han pronunciado, entonces, por la paz, por el desarrollo y por la repartición justa y equitativa de las riquezas materiales y sociales que los mexicanos creamos o contribuimos a incrementar con nuestros trabajos y esfuerzos cotidianos, todo ello para recuperar nuestra identidad, conformar una nueva unidad y un nuevo nacionalismo que nos enriquezca a todos.

La nueva esperanza de un México más justo, más libre y más democrático —ya lo dijimos en otro trabajo— no debe perderse; pero ello implica un enorme esfuerzo de reconciliación social, de reconocimiento del injusto patrón del reparto de las riquezas y del poder social, un nuevo pacto de justicia y democracia para todos; esto es: una amplia y libre participación plural, fermento de una sólida unidad nacional, que tendrá que construirse, desde la base de la sociedad; esto es, lejos de los mitos e ilusiones que se soñaron desde la esfera del poder, concentrado en unos cuantos núcleos sociales privilegiados.³¹

Bibliografía

Ball, G., "Cosmocorp, The Promise of the Multinational Corporations", *Fortune*, June 1, 1967.

———, "Cosmocorp, The Importance of Being Stateless", *Columbian Journal of World Business*, 2, November/December, 1967.

Beck, U., *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1998.

Beitz, C. R., "Sovereignty and Morality in International Affairs", Held, D.(ed.), *Political Theory Today*, Stanford, University Press, 1991.

³¹ Francisco Dávila, *Del milagro a la crisis, la ilusión..., el miedo... y la nueva esperanza. Análisis de la política económica mexicana, 1954-1994*, op. cit. an., p. 405.

Berle, A., *The 20th Century Capitalist Revolution*, New York, Brace and World, 1954.

—————, *The American Economic Republic*, New York, Harcourt, Brace and World, 1963.

Calleo, D., *Beyond American Hegemony; The Future of de Western Alliance*, New York, Basic Books, 1987.

Cox, R.W., "Production and Hegemony: Toward a Political Economy of World Order", en Jacobson, H. K. y Sidjanski, D. (eds.), *The Emerging International Economic Order: Dimamic Process, Constraints and Opportunities*, Beverly Hills, Sage Publications, 1982.

Dávila, F., *Del milagro a la crisis, la ilusión..., el miedo... y la nueva esperanza. Análisis de la Política Económica Mexicana, 1954-1994*, México, Fontamara, 1995.

—————, *Teoría, ciencia y metodología en la era de la modernidad*, México, Fontamara, 1995.

—————, "La crisis económica de México y los nuevos retos en el futuro escenario internacional", en *Relaciones Internacionales*, núm. 67, México, UNAM, FCPyS (CRI), julio-septiembre, 1995.

—————, "La 'Globalización', la 'Integración global' o bien la 'Globalización económica', conceptos a repensarse en el campo de la relaciones internacionales actuales", en *Relaciones Internacionales*, núm. 79, México, UNAM, FCPyS (CRI), enero-abril 1999.

—————, "México: soberanía y nacionalismo en la era de la globalización", en *Relaciones Internacionales*, núm. 72, México, UNAM, FCPyS, (CRI), octubre/diciembre de 1996.

Flores Olea, V., *Ensayos sobre la soberanía del Estado*, México, UNAM, FCPyS, 1995.

Fukuyama, F., "History has come to end", en *National Interest*, núm.6, Summer, 1989.

—————, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

Galpin R., *The Political Economy of International Relations*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

- García Roca, J., "Globalización", en *10 palabras claves en la filosofía política*, España, Estella, Verbo Divino, 1998.
- Heller, H., *La soberanía*, México, UNAM, 1965.
- Himsley, F., *El concepto de soberanía*, Barcelona, Labor, 1972.
- Hirschman, *National Power and Structure of Foreign Trade*, Berkeley, University of California Press, 1980.
- Huntington, S., "The clash of civilizations?", en *Foreign Affairs*, Summer, 1993.
- Ianni, O., *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI/UNAM, 1996.
- Kennedy, P., *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, New York, Random House, 1989.
- , *Preparing for the Twenty-First Century*, Vintage Books a Division of Random House, 1994.
- Keohane, R., *After Hegemony*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- Krishnan, R., "The First Revolt Against Globalization", *Monthly Review*, XLVIII, 1, 1996.
- MacRae, H., "North America: The Giant in Retreat", en *The World in 2020, Power, Culture and Prosperity*, Massachusetts, Harvard Business School Press Boston, 1994.
- Marcuse, H., *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1984.
- Miller, D., *Sobre la nacionalidad*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Miller, M., "Where is Globalization Taking Us? Why We Need a New Bretton Woods", *Futures*, XXVII, 2, 1995.
- O' Brien, R., *Global Financial Integration: the end of Geography*, London, RIIA, Printer Publishers, 1992.
- Orozco, J. L., *La revolución corporativa*, México, Fontamara, 1987.
- Strange, S., "The Persistent Myth of the Lost Hegemony", en *International Organization*, vol. 41, núm. 4, Otoño de 1987.
- Tabb, W.K., "Globalization is an issue, the Power of Capital is the issue", *Monthly Review*, XLIX, 2, 1997.

Weiss, L., "Globalization and the Myth of the Powerless State", *New Left Review*, 225, 1997.

Weyl, W., *American World Policies*, New York, The Macmillan Company, 1917.

—————, *The Age of Discontinuity: Guidelines to Our Changing Time*, New York, Harper and Row Publishers, 1968.

Villegas, G., "La soberanía de México ante el reto de la globalización y la interdependencia", en *Relaciones Internacionales*, núm. 62, México, UNAM (CRI-FCPyS), abril/julio de 1994.